



Curia Generalizia della Compagnia di Gesù
Borgo S. Spirito, 4
00193 Roma (ITALIA)
Tel. 06/689.771 – Fax 06/686.8214

Al finalizar el Año Sacerdotal

2010/15

A TODA LA COMPAÑÍA

Queridos hermanos:

El 18 de junio de 2009, en la víspera de la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, el Papa Benedicto XVI abrió un año de reflexión y oración sobre el don del Sacerdicio en la Iglesia. Como participación nuestra en el Año del Sacerdicio, invité a todos ustedes “a dedicar tiempo a la oración, la reflexión y la conversación” sobre el sacerdocio en la Compañía de Jesús. El objetivo de esta invitación que hacía a la universal Compañía era fomentar entre los jesuitas una comprensión y una estima más profunda de un aspecto esencial de nuestro carisma como comunidad religiosa sacerdotal. La reflexión que han realizado ustedes a lo largo de este año, tanto a nivel personal como comunitario, ha logrado que mis objetivos se hayan alcanzado de modo alentador por diversos caminos. Estoy especialmente agradecido al trabajo del pequeño grupo que se reunió aquí en Roma para ayudarme a estudiar las reflexiones que había recibido de las Provincias y Regiones. Por medio de esta carta querría agradecer a la Compañía la respuesta tan generosa que ha dado a mi carta y a la vez ofrecerles algunas observaciones y algunas preguntas que nos pueden llevar a todos a una ulterior reflexión, hecha tanto a nivel personal como en el seno de nuestras comunidades.

Las respuestas que han llegado hasta mí muestran de manera clara que la experiencia del sacerdocio vivida en la Compañía de Jesús no puede quedar reducida a una formulación teológica única. Esta realidad no debe sorprendernos, pues ejercemos nuestro ministerio sacerdotal en una gran variedad de culturas y situaciones, que no dejan de influir en nuestras perspectivas vitales y en nuestra manera de pensar. Esto no es nada nuevo en la Compañía. Dado que la Iglesia nos ha enviado siempre, y continúa enviándonos, “a las fronteras”, el sacerdocio ha tenido que ser ejercido en la Compañía de maneras muy diversas, como respuesta a la variedad de misiones que la Iglesia nos confía. Significa una bendición el hecho de tener tantos modelos excelentes de sacerdotes jesuitas: Mateo Ricci y Roberto de Nobili, Roberto Bellarmino y Roque González, Rupert Mayer y Alberto Hurtado, por nombrar sólo algunos. Es posible que uno de los más serios desafíos que debemos afrontar los jesuitas sea el de aceptar con agradecimiento y creatividad esta enorme variedad de formas de ejercer el sacerdocio, acogiendo y respetando el modo como lo viven hermanos nuestros, quizá diferentes del propio, sin tratar de disminuir su identidad sacerdotal por medio de reduccionismos ideológicos.

Al mismo tiempo que no existe una forma exclusiva de ser sacerdotes en la Compañía, sí existen elementos comunes que unen a los jesuitas y que se pueden considerar nuestro “estilo distintivo” de vivir el sacerdocio. Ignacio y sus primeros compañeros se consideraban a sí mismos “sacerdotes reformados”, que rechazaban todo tipo de beneficios,

de dignidades y oficios, para ser pobres y humildes predicadores de un Cristo que fue pobre y humilde. Eran también sacerdotes letrados, sacerdotes que poseían una formación intelectual y teológica sólida que les permitía servir en profundidad. Vivían como un cuerpo apostólico, dedicado a obras concretas y haciendo discernimiento en común acerca de aquello que tocaba a su vida en común y a su misión. Se habían puesto al servicio del vicario de Cristo llevados de su apasionado deseo de “ser enviados” allá donde hubiera mayor necesidad o más dificultad, allá donde hubiera esperanza de un bien más universal. Se implicaban en multitud de ministerios diferentes, espirituales y temporales, movidos únicamente por el deseo de servir a la mayor gloria de Dios y de “ayudar a las almas” bajo la bandera de la Cruz. La Eucaristía, celebrada con gran reverencia y devoción, era el centro de sus vidas y su más profunda fuente de consolación y de clarificación para la misión. Y cuando “la necesidad de ayuda para realizar la misión, llevó a Ignacio a recibir en el Cuerpo de la Compañía una diversidad de miembros, presbíteros y hermanos”, (CG 34, Decreto 7, No. 3) esta diversidad de miembros compartió el mismo estilo de vida, si bien de formas diferentes.

Me parece que se pueden percibir los elementos de este estilo sacerdotal de la Compañía en los diferentes modelos de sacerdocio jesuítico mencionados más arriba, con toda la diversidad que suponen. La cuestión que hoy se nos plantea a los jesuitas es la siguiente: ¿en qué medida podemos distinguir nosotros, y pueden distinguir los que nos conocen, estos elementos en nuestras vidas? De modo que podríamos preguntarnos cuál es la forma concreta, sea cual sea el ministerio al que se nos envíe, que nos hace vivir como “sacerdotes reformados”:

- pobres y humildes como Cristo;
- de reflexión sólida y profunda;
- en comunión de vida y trabajo con nuestros hermanos jesuitas y nuestros colaboradores;
- abiertos a la misión universal, especialmente en el modo como lo ha expresado el Santo Padre;
- prontos a ser enviados a cualquier servicio que pueda ayudar a las personas en el seguimiento de Cristo, y a la vez transformar este mundo en un mundo de amor y justicia.

Alguna otra pregunta nos ayudaría a examinar nuestra experiencia de sacerdocio. ¿Cómo entender y vivir nuestro sacerdocio – especialmente aquellos de nosotros que hemos sido ordenados presbíteros – sin caer en la tentación del clericalismo, de los privilegios, o de fomentar aquellas diferencias que significan poder o una posición social superior? ¿Cómo podemos ser testimonio de una vida gozosa de servicio sencillo, que imite al Jesús que lava los pies? ¿Hasta qué punto la celebración de la Eucaristía es central, reverente y transformadora en nuestra vida diaria? ¿En qué necesitamos crecer? ¿En qué necesitamos reformarnos?

Los jesuitas tenemos sin duda necesidad de reformarnos. Como el Santo Padre señalaba en su emotiva homilía de clausura del Año Sacerdotal, “precisamente en este año de alegría por el sacramento del sacerdocio, salen a la luz los pecados de los sacerdotes”. Es deber nuestro admitir con toda humildad nuestra culpa cuando hemos contribuido a las terribles heridas a las que se refiere el Santo Padre. Tenemos que hacer todo lo que podamos para favorecer la curación y la reconciliación en aquellas situaciones en las que nos veamos implicados. Debemos también dar los pasos que podamos para evitar abusos en el futuro. Jesús vivió su sacerdocio en una total auto-donación, hasta el final, en la cruz. Cada una de las personas con las que entraba en contacto, quedaba bendecida por el encuentro con su

amor de auto-donación. El carácter sacerdotal de la Compañía, como participación en el sacerdocio de Cristo, debería constituir una bendición y dar vida por medio de la auto-donación. Por eso el trato con un jesuita, haya sido ordenado o no, debería comunicar gracia, bendición y vida. Por tanto, como individuos y comunidades, necesitamos reflexionar de modo consciente sobre cómo todos nosotros somos llamados, de forma muy concreta, a la humildad, la purificación y la renovación, de modo que nuestras vidas sean de manera más verdadera signo del sacerdocio de auto-donación de Jesús.

Ignacio y los primeros compañeros deseaban intensamente consagrarse a Dios: ponerse completamente en manos de Dios para poder quedar transformados en instrumentos de Dios. Eran muy conscientes de sus debilidades; y sin embargo experimentaban cada vez de modo más intenso que habían sido llamados por el Eterno Señor de todas las cosas para ser sus compañeros en la misión. Damos gracias, pues, al Señor, por el don que nos hace de un estilo de vida tan particular de vivir el sacerdocio en la Iglesia, y oramos para que, en el empeño por ser más fieles a él, los jesuitas podamos hacer más profunda nuestra consagración y convertirnos en instrumentos gozosos y eficaces del amor de Dios en el mundo de hoy.

Fraternalmente en el Señor,



Adolfo Nicolás, S.I.
Superior General

Roma, 9 de septiembre de 2010
San Pedro Claver

(Original: inglés)